



TRES PREGUNTAS PARA NUESTRO TIEMPO

José L. Sicre.

I. ¿Sirvió de algo la crítica profética?

Esta pregunta no acostumbra a formularse en los estudios sobre el tema, pero es interesante. A primera vista, no sirvió de nada, o de bastante poco. Las condiciones sociales no mejoraron notablemente. Quizá tuviesen un pequeño influjo en ciertas personas, pero no cambiaron al pueblo.

Sin embargo, esta interpretación tan pesimista es al mismo tiempo inexacta. Hoy seguimos viviendo del mensaje profético, sintonizamos con él, alienta inquietudes y esperanzas. Significa que ha servido de algo, y la palabra caída en tierra ha dado algún fruto. Julio Fausto Aguilera, un poeta guatemalteco, ha expresado esta idea en "La batalla del verso":

"Con un verso,
es verdad,
no botas a un tirano.
Con un verso no llevas pan y techo
al niño vagabundo,
ni llevas medicinas
al campesino enfermo.
Sobre todo, no puedes
hacerlo ahora mismo.
Pero...vamos a ver:
Un verso
bien nacido y vigoroso,
y otro más encendido,
y otro más desvelo,

y otro verso más fuerte y más veraz,
le dan vida
a un sueño que recogieron tierno,
y este sueño de muchos, ya nutrido,
se vuelve una conciencia, una pasión, un ansia...
Hasta que un día,
todo,
-sueño, conciencia, anhelo-
compacto se organiza...
Y entonces
viene el grito
y el puño
y la conquista...
En la efigie de la conquista
brilla una diadema: el verso.

(Poesía revolucionaria guatemalteca (Madrid 1969, 92s).

Estas palabras aclaran para qué sirve el mensaje profético. Personalmente, no pondría su fruto en "el grito, el puño y la conquista", sino en la destrucción de las ideologías opresoras. El marxismo ha hecho caer en la cuenta de que toda opresión política, social o económica se sustenta en una filosofía de la opresión. La religión ha jugado un papel capital en esta ideología opresora, sancionando situaciones injustas, callando ante la explotación de los pobres, santificando en nombre de Dios las desigualdades. Miqueas, sin haber leído a Marx, cayó en la cuenta del problema y lo denunció de forma terrible. También Oseas y Jeremías vincularon el "conocimiento de Dios" con la práctica de la justicia. Y, con todos los matices, se puede decir que este dato es común a los profetas: no creen en un Dios que se despreocupe de los pobres y esté de parte de los explotadores. Por eso relacionan de forma tan estrecha la crítica al culto con la exhortación a la justicia.

Aquí radica la gran actualidad del mensaje social de los profetas. No promovieron el levantamiento del pueblo (a excepción de Eliseo y Ajías de Silo) ni hicieron planes concretos de reforma, pero llevaron a cabo una revolución muy importante: la revolución de las ideas. Insisto en lo dicho desde el comienzo. No es típico ni exclusivo de ellos. El vínculo entre religión y ética lo encontramos en otros países del Antiguo Oriente y en

otras tradiciones de Israel. Pero es más penetrante el análisis de Miqueas que toda la legislación social. Y causa más impacto un texto profético que otros sapienciales. Quizá, en definitiva, porque los profetas, algunos al menos, se jugaron la vida por proclamar esas verdades.

II. ¿Qué debe distinguir a la denuncia profética?

Partidos políticos, revistas, directores de cine, grupos extraparlamentarios, llevan a cabo hoy día una intensa labor de denuncia social. ¿Hay algo que deba distinguir a la denuncia profética de estas otras? En principio, pueden coincidir. Pero creo que la denuncia profética cristiana debe caracterizarse por los siguientes puntos:

a) Partir del amor a las personas oprimidas y explotadas, de un compromiso "con los pobres de la tierra". Son los hijos de Dios, los hermanos pequeños de Jesús, "mi pueblo" del que hablaban Isaías y Miqueas. Una denuncia que parte de ideas abstractas, de una búsqueda más o menos larvada del poder, tiene poco de profética.

b) Mostrar especial preocupación por los más débiles. En Israel eran huérfanos y viudas. La lista se amplió más tarde con emigrantes. La denuncia profética no puede cometer el error de defender los intereses de los sectores más fuertes del proletariado, olvidando los grupos menos importantes o marginados.

c) Vincular la exigencia de justicia con la voluntad de Dios. Sólo de esta forma se puede quitar la base religiosa a la ideología opresora: dejando claro que Dios escucha el clamor de los oprimidos. Esta es la base de la experiencia espiritual de Israel, el Exodo.

d) No limitarse a pedir un cambio de estructuras; debe pedir también la conversión del corazón, único presupuesto válido para que las nuevas estructuras no se vuelvan tan opresoras como las anteriores.

e) No convertir la cuestión social en lo único absoluto. Los profetas hablaron de otros temas. Y el fenómeno de la opresión se manifiesta en terrenos muy distintos: político, social, económico, religioso. Fue la lucha contra la opresión religiosa, contra el "yugo pesado" de escribas y fariseos, contra la falsa

piEDAD de los sacerdotes, lo que le costó a Jesús la vida. No las denuncias a los ricos ni a los romanos. La experiencia demuestra que comprometerse con la liberación religiosa puede traer tantas o más complicaciones que el compromiso con los movimientos revolucionarios.

f) La denuncia profética debe ir unida al amor a los enemigos, precepto fundamental de Jesús. No se trata de aceptar ingenuamente la conducta de los opresores, tolerando que exploten a los demás. Se trata de darles una oportunidad, como hizo Jesús con Zaqueo.

g) Después de las recetas anteriores, cuando se advierta que la situación no cambia, la denuncia profética mantendrá la esperanza en Dios. A veces como pura utopía. Otras exigiendo, contra toda esperanza, un compromiso concreto con ese reino de Dios que está ya entre nosotros.

III. ¿Corrige el Nuevo Testamento a los profetas?

Muchos cristianos consideran superado el mensaje de los profetas porque les resulta demasiado material, demasiado preocupado por este mundo. El Nuevo Testamento, por el contrario, adopta según ellos una postura más espiritual y escatológica. Lo importante no es esta vida, sino el bien supremo del reino de los cielos. Por eso son "bienaventurados los pobres". Y las diferencias sociales carecen de importancia, son transitorias (como demuestra el caso de Filemón y Onésimo). Además, los pobres deben confiar en la providencia, como dijo Jesús (Mt 6,25-34). Quienes piensan de esta forma defienden las obras de caridad, pero son reacios a oír hablar de justicia, reivindicaciones, derechos. Están más cerca efectivamente de la Comisión Española de Organización Empresarial de los sindicatos. Por otra parte, en esta mentalidad es fácil compaginar la caridad con la abundancia de bienes.

Sería ingenuo querer resolver este problema en cuatro páginas. Me limito a sugerir algunas ideas sobre el mensaje de Jesús y la forma de interpretarlo la Iglesia primitiva.

Semejanzas de Jesús con los profetas

-Muestra su misma sensibilidad con el tema y constata las desigualdades. La parábola del rico y Lázaro (Lc 16,19-31) es aleccionadora por el importante cambio que supone. Parece inspirada en Amós 6,4-6. Pero el profeta contra-

pone la buena vida de la clase alta con su capacidad de entrever los planes de Dios. Está a las puertas "el desastre de José", la catástrofe del pueblo. Ellos siguen banquetear y divirtiéndose. Jesús es más humano. No se eleva a altas teologías ni habla del futuro. Mira al presente, al pobre hombre enfermo, hambriento, a la puerta del rico. El "desastre de José" se hace persona en "la tragedia de Lázaro". El que no capta su problema ni se interesa por él es condenado. Aunque toda su injusticia se limite a "vestir de púrpura y lino y banquetear todos los días espléndidamente" (Lc 16,19). Según Jesús, no es preciso robar, perjurar, matar para sufrir el castigo. Basta ser insensible a la desgracia ajena. Su postura es más dura que la de cualquier profeta del Antiguo Testamento.

-Se pone de parte de los débiles, como demuestra el ejemplo anterior y textos capitales como el del juicio final (Mt 25,31-46): hambrientos, sedientos, desnudos, encarcelados, enfermos. La idea bíblica de que Dios escoge lo pequeño sigue viva en Jesús, que escoge lo pobre y humilde. No sólo desde el punto de vista socioeconómico; otros aspectos también son válidos para él. Este compromiso con el mundo de los pobres es más claro en Jesús que en los profetas, porque conocemos numerosas anécdotas de su vida, cosa que no ocurre con éstos.

-Condena de forma tajante a la riqueza como gran rival de Dios (Mt 6,24), que ahoga el mensaje del evangelio (Mt 13,22). La alternativa entre Yahvé y Baal planteada por Elías en el monte Carmelo, aplicada por otros profetas a Yahvé y los Imperios, la pone Jesús en Yahvé - Mammón, dios de la riqueza. Es la tentación idolátrica de su tiempo. Jesús no se limita a decir, como Ezequiel, que el oro y la plata no podrán salvar el día de la cólera (Ez 7,19); afirma expresamente que condenan al hombre, son su mayor tentación.

Diferencias de Jesús con los profetas

-Da más importancia a la exhortación que a la denuncia. También los profetas exhortan. Por eso conviene desarrollar más el punto de vista de Jesús. El anima a "atesorar en el cielo" (Mt 6,20), a "enriquecerse delante de Dios" (Lc 12,21), consejos que recogen casi literalmente 1 Tim 6,18 (enriquecerse de buenas obras) y 6,19 (atesorar un capital sólido para el porvenir).

Son exhortaciones generales, que se concretan en dos direcciones: **a) la renuncia radical**, exigida a los discípulos (Lc 14,33) y que éstos ponen en práctica (Mt 19,27; Lc 18,28); **b) la actitud de servicio**, tal como la practican las mujeres que acompañan a Jesús (Lc 8,3).

La Iglesia primitiva es fiel a Jesús, a pesar de las diferencias de circunstancias y lugares. En Jerusalén, muchos tienden a unir los dos aspectos (renuncia absoluta y actitud de servicio). No se trata de simple renuncia ni de puro servicio. Es un auténtico vender y repartir (Hch 2,45), vender y poner a disposi-

ción de los apóstoles (Hch 4,35.37), siguiendo el consejo de Jesús en Mt 19,21; Lc 12,33.

Las Iglesias paulinas adoptan la segunda dirección: "el servicio a los santos" (2 Cor 9,1), lo cual no significa que tuviesen menos mérito, como demuestra la generosidad de las comunidades de Macedonia, a pesar de su pobreza (cf. 2 Cor 8, 1ss). En esta línea se sitúan los consejos de 1 Tim 6,18 a los ricos: hacer el bien, ser generosos, compartir.

En síntesis, para Jesús y la Iglesia primitiva los bienes de este mundo sólo tienen sentido cuando se ponen al servicio de los demás, en todo o en parte. Son una "riqueza injusta" con la que debemos ganarnos amigos. Una responsabilidad y motivo de preocupación, no de placer.

Esta obligación de compartir ayuda a comprender el sentido cristiano de la providencia. Podemos interpretarlo de forma alienante, como un simple estar pendientes de las manos de Dios. Jesús nunca actuó de esa forma. Pablo afirma claramente: "El que no trabaja, que no coma". Y la comunidad de Jerusalén, cuando se empobrece, no se limita a rezar, esperando que Dios la alimente como a los lirios del campo o los pájaros del cielo. Pide ayuda a los cristianos de Asia Menor y Grecia. En circunstancias normales, la providencia somos nosotros. Dios despierta nuestra generosidad para que ayudemos a nuestros hermanos a resolver sus problemas.

-En segundo lugar, Jesús no habla sólo a los ricos y poderosos. Se dirige preferentemente a los pobres. En este contexto se sitúa una frase que ha sido interpretada a menudo de forma "espiritualista", justificando el egoísmo de los ricos: "Buscad primero el reinado de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33). Un campesino de Kiev, Sajno, denunciaba en la Segunda Duma este tipo de interpretación:

"Los sacerdotes, cuando hablan en la iglesia a los campesinos pobres, dicen: "No corráis tras los ricos, no pidáis tierras para vosotros, recordad lo que dice la Escritura: cristianos verdaderos, buscad primero el reino de los cielos, lo demás se os dará por añadidura". Pero, ¿por qué el terrateniente puede poseer un montón de tierras, mientras al campesino no le queda más que el reino de los cielos?" (L. Kochan, **Rusia en revolución**. Madrid 1968 231s).

Ciertamente, Jesús no promete sólo el reino de los cielos. Afirma que "todo lo demás se os dará por añadidura", y se sobreentiende que en esta tierra, ya que "todo lo demás" es el vestido, la comida, de los que acaba de hablar.

El error básico al interpretar esta frase es que se ha entendido el reinado de Dios como algo exclusivamente futuro, del más allá. Para Jesús comienza

ya en esta tierra, es una realidad que va creciendo y con la que debemos colaborar.

"El reino de Dios de que habla el rabino (Jesús) no es una realidad imaginaria prometida a los ingenuos o a los que padecen la enfermedad del "más allá" y del "trasfondo del mundo", como diría Nietzsche (...). No existe, como repiten las caricaturas, de un lado el "valle de lágrimas" aquí abajo, el reino de la injusticia, al que debería uno resignarse; y luego, de otro lado, y para más adelante, después de la muerte, el "paraíso", mito y opio que alienta a los oprimidos y a los débiles. Tal es la dicotomía presentada por Nietzsche, como también la que presentan quienes se consideran revolucionarios. Como quiera que sea, semejante representación no concierne en modo alguno ni responde a la verdadera doctrina del rabino galileo. Yeshúa enseñaba, lo que es muy diferente, que la creación actual, presente, es inacabada, y que él había venido para completar la humanidad inacabada introduciendo en ella una doctrina que es semilla. En el seno de la presente humanidad, en el corazón de la actual creación, otra creación, nueva, está en trance de formarse, de constituirse, creación llamada por el rabino "reino de Dios". No se trata, pues, de una dicotomía ni de unas relaciones extrínsecas, sino, por el contrario, de una **inmanencia** de la palabra, de la doctrina, de la vida de Dios en la humanidad, a fin de informarla desde dentro y hacer de ella una nueva creación" (C. Tresmontant, **La doctrina de Yeshúa de Nazaret**, 65).

Entonces, ¿qué quiere decir Jesús cuando afirma que lo primero debe ser el reino? La idea marxista sobre los objetivos a corto plazo ayuda a entenderlo. Según ella, el peligro del proletariado consiste en olvidar el objetivo a largo plazo (mundo sin clases, igual distribución de bienes, etcétera) y contentarse con los objetivos a corto plazo (mejoras salariales, coche, televisor en color, vídeo, derecho de huelga, etc.). Cuando se invierten los valores, se logran algunas conquistas, pero no se transforma radicalmente la realidad social, económica y política.

De forma parecida, diría que para Jesús el objetivo a largo plazo es el más importante, el reinado de Dios: un mundo de justicia, paz, igualdad. El peligro del cristiano, preocuparse sólo del objetivo a corto plazo (la comida y el vestido cita Mt 6,25) y contentarse cuando está resuelto. Jesús no dice que estas cosas carezcan de importancia. Pero advierte que hay algo más importante, que exige renuncia y sacrificio en favor de un mundo mejor. Esta interpretación no tiene nada de alienante. Al contrario, evita las pequeñas alienaciones de cada día.

En consecuencia, Jesús no elimina el mensaje de los profetas, no se desentiende de los problemas de este mundo. Quizá sea más realista, en el sentido de que no pretende cambiar de punta a cabo la sociedad de su tiempo, sino prefiere plantar una semilla que dé paso a un árbol futuro. Esa pequeña comunidad podrá ser fermento, como la levadura en la masa.

Y esto lleva a preguntarnos, como en el caso de los profetas: ¿sirvió de algo el mensaje de Jesús? De muy poco. Los cristianos hemos perdido de vista el ideal del reino, hemos olvidado la exigencia radical de compartir, hemos explotado a continentes enteros y fomentado diferencias de clases. No son males de última hora.

Ya en la Iglesia primitiva, al cabo de muy poco tiempo, se alzan voces proféticas contra la injusticia dentro de la comunidad. El ejemplo más claro lo tenemos en la carta de Santiago, con su defensa de los pobres y los duros ataques a los ricos y explotadores. Y en la advertencia de san Pablo a los Corintios de que no se puede unir la eucaristía con las desigualdades manifiestas e insultantes.

Los cristianos actuales podremos adoptar diversas posturas ante estos problemas. Unos deberán denunciarlos con energía. Otros adoptarán la postura amable, pero exigente, de Jesús con Zaqueo. Otros intentarán hacer algo nuevo en vez de denunciar. Pero ninguno puede decir que estas cuestiones carecen de importancia.

"Quién no practica la justicia, o sea, quien no ama a su hermano, no es de Dios" (1 Jn 3,10).

Sicre, J.L., "Con los pobres de la tierra"

La Justicia social en los profetas de Israel

Ed. Cristiandad, Madrid 1984, pp454-460

